

# EL CUENTO DE LA CRIADA

ENSAYOS PARA UNA INCURSIÓN  
EN LA REPÚBLICA DE GILEAD

REBECCA MEAD • IVÁN DE LOS RÍOS • PATRICIA SIMÓN  
JORGE CARRIÓN • CRISTINA CERRADA • ENRIC ROS  
ELISA MCCAUSLAND • ELENA YRIGOYEN • SAMANTHA WESCH ET AL.



errata naturae

# Índice

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2019

© de los textos en castellano, sus autores

© «Margaret Atwood, profeta de la distopía», de Rebecca Mead, artículo publicado originalmente en *The New Yorker*, abril, 2017

© de la traducción de este texto, David Muñoz Mateos, 2019

© de los textos ingleses, Open Court Publishing Co., Carus Publishing Co.

© de la traducción de estos textos, David Muñoz Mateos, 2019

© Errata naturae editores, 2019

C/ Alameda 16, bajo A  
28014 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-05-5

DEPÓSITO LEGAL: M-3638-2019

CÓDIGO BIC: AP

IMAGEN DE PORTADA: David Sánchez

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

NOTA DE LA EDITORA	7
MARGARET ATWOOD, PROFETA DE LA DISTOPÍA Rebecca Mead	11
CUENTO, LUEGO EXISTES Iván de los Ríos	43
EL CUENTO DE NUESTRAS CRIADAS Patricia Simón	59
TODOS LOS NOMBRES Jorge Carrión	89
UNA GRAN TINIEBLA LLENA DE RESONANCIAS Anna de Vaul	99
MUJERES DESDOBLADAS EN ETERNO E INTERNO CONFLICTO Elena Yrigoyen	115
DE JUNE A DEFRED: DISTOPÍA FEMINISTA VS. FOLLETÍN DE PRESTIGIO Elisa McCausland	135

BEBÉS Y PLACERES Samantha Wesch	149
REALISMO FEUDAL: GILEAD O LA NOSTALGIA DEL ANTIGUO RÉGIMEN Enric Ros	169
HUMO Y ESPEJOS EN GILEAD Stephanie st. Martin	185
EL VALOR DE UNA CRIADA Eduardo Pérez	201
EL ROJO Y EL NEGRO Mariana Zárate, Fernando Gabriel Pagnoni Berns y Emiliano Aguilar	223
TOTALITARISMO GESTACIONAL Leigh Kellman Kolb	237
EL CUENTO QUE NO ERA UN CUENTO Cristina Cerrada	255
UNA RESPUESTA AL PROFESOR PIEIXOTO Darci Doll	265
LOS AUTORES DE ESTE LIBRO	277

#### NOTA DE LA EDITORA

Como editores de una colección de libros sobre series de televisión (sobre las mejores series de televisión, aquellas que, desde finales del siglo xx hasta hoy, han revolucionado la narrativa audiovisual y nuestro vínculo temporal y afectivo con este tipo de historias), cada vez lo tenemos más complicado. Para empezar, ¿deberíamos seguir llamándolas «series de televisión» cuando muchos de nosotros utilizamos en cada vez más ocasiones otro tipo de dispositivos para su visionado? Dejaremos este escollo para los teóricos y especialistas... Pues en realidad nuestro mayor problema como editores, como prescriptores interesados en proponer a los lectores de nuestro sello reflexiones lúcidas y de alcance sobre la cultura popular que marca nuestro tiempo y, qué duda cabe, contribuye a conformar nuestros intereses y expectativas, por no hablar de nuestros cuerpos y nuestros sueños (¿qué otra cosa se halla, para lo mejor y para lo peor, en el corazón intangible y omnipresente del cine, las series, la música, los cómics, los videojuegos...?), nuestro mayor problema, decía, es que cada mes, cada semana, se estrenan multitud de ficciones audiovisuales prometedoras que pretenden ser, por

un motivo o por otro, «La Serie del Momento». Hace años, antes del desembarco de las plataformas de *streaming*, era muy fácil mantenerse «al día». Las impresiones que nos dejaba el visionado del último capítulo de *Los Soprano*, *The Wire*, *Mad Men*, *A dos metros bajo tierra*, *Perdidos*, *Battlestar Galactica*, *Breaking Bad*... se compartían con los compañeros al llegar al trabajo, en los pasillos de la facultad, con la familia, con los amigos... Hubo un tiempo, en efecto, en que no había redes sociales. En aquel lejano entonces (el desierto no deja de crecer y la aceleración no deja de aumentar: se diría que todo se convierte al instante en una mota en el espejo retrovisor de nuestras vidas) lo teníamos bastante más «fácil» como editores: *Los Soprano*, decíamos entonces con desparpajo, es la mejor serie de la televisión. ¿Quién podría competir con Tony? Pero luego llegó Omar Little y... pues mira, resulta que también *The Wire* es la mejor serie de la televisión..., y luego llegó Walter White y... Ahora mismo, a punto de cerrarse las primeras dos décadas del siglo XXI, tras convertirse las series en un modelo de negocio e inversión que compite (y en muchos casos supera) al del cine, ¿quién puede estar al tanto de todas las producciones de calidad que se estrenan? ¿Quién querría seguir preguntándose cuál es la mejor serie cuando no damos abasto para ver tantas series de calidad?

Y, sin embargo, nosotros queremos seguir dando forma a esta colección sobre «las mejores series de televisión», aunque ya no las veamos en la televisión y no nos importe en absoluto cuál entra o sale de algún supuesto *top ten*. Llegados a este punto, no parece que haya nada de malo en anotar aquí una pequeña confesión: después de publicar en mayo de 2017 un libro dedicado a *Twin Peaks* a raíz del estreno de su tercera temporada, le dimos muchas vueltas y tuvimos muchas dudas sobre la serie que debía protagonizar nuestro siguiente libro. Entonces apareció *El cuento de la criada*.

Comenzamos a verla, a disfrutar y a sufrir con cada episodio. Fascinados con su puesta en escena, estomagados con los presagios que emanaba. Sorprendidos después, para qué vamos a negarlo, por su inmediata repercusión, circunscrita no sólo al ámbito audiovisual, sino como inspiración, por ejemplo, de distintas manifestaciones, ya tuvieran lugar en Estados Unidos, Argentina o España: hacía tiempo que no éramos testigos de cómo una estética ficcional irrumpía con tanta fuerza en la simbología de las protestas, ese atuendo de Criada, con su capa roja y su cofia blanca, que imposibilita que veamos un rostro, una persona, y que, a la vez, impide a esa persona ver el mundo y al otro. ¿No es éste uno de los signos distintivos de la mejor cultura popular, esa capaz de saltar por encima de su delimitación como mera mercancía cultural para fomentar espacios creativos, de reflexión o confrontación en torno a los problemas que marcan el presente?

Comenzamos a pensar en un libro que diseccionase esta serie, sus cargas de profundidad filosóficas y literarias o su escenografía, pero que vinculase también sus páginas con el momento político y social, en muchos sentidos tan oscuro y espectral, que estamos viviendo, así como con los movimientos sociales de oposición a esta deriva neoconservadora, o abiertamente fascista, que se están produciendo en muchos lugares de Europa y América, y de la que España, definitivamente ya, no se va a librar. Supongo que hacía mucho tiempo que no nos veíamos retratadas de manera tan contundente en la pantalla, con nuestros miedos, nuestras valentías, nuestras luchas diarias y nuestras contradicciones.

En este libro, por tanto, hemos querido reunir a un grupo de pensadoras y pensadores, escritoras y escritores, periodistas y ensayistas que comparten nuestra fascinación por esta serie y por la novela de Margaret Atwood, para que reflexionen sobre ambas o para que nos cuenten lo que han supuesto en su propio

imaginario. Quince ensayos que nos hablan de totalitarismo gestacional, el uso de la propaganda, la ciencia ficción distópica, los sistemas de castas, la historia del puritanismo, el neofeudalismo globalizado, la persistencia de los regímenes penitenciarios clásicos, las referencias filosóficas de sus guiones, sus vínculos y distancias con la novela, o su extraordinaria puesta en escena, tan rica en términos estéticos como conceptuales. Un recorrido por los temas fundamentales de la serie, aquellos que reflejan, como un espejo oscuro, el terrible trance político y social que atravesamos actualmente.

*NOLITE TE BASTARDES CARBORUNDORUM.*

MARGARET ATWOOD, PROFETA DE LA DISTOPÍA

Rebecca Mead

Antes de cumplir treinta años, recuerda Margaret Atwood, una tía suya le contó una leyenda familiar acerca de una mujer que vivió en el siglo xvii y que podría ser antepasada suya: Mary Webster, a quien los vecinos, en el pueblo puritano de Hadley, Massachusetts, habían acusado de brujería. «No era del agrado del resto de los habitantes, así que la colgaron», mencionó Atwood recientemente. «Pero aquello fue antes de los avances técnicos que mejoraron la efectividad de las horcas, y la mujer no murió. Se quedó toda la noche allí, colgada. Por la mañana, cuando llegaron a descolgar el cadáver, seguía viva». Webster empezó a ser conocida como *Half-Hanged Mary* [Mary «la medio ahorcada»]. El nombre de soltera de la abuela de Atwood era Webster, y su árbol genealógico puede rastrearse hasta John Webster, el quinto gobernador de Connecticut. «Mi abuela afirmaba el lunes que todos veníamos de Mary, y el miércoles que no», añadió Atwood. «Así que quedaba a tu elección».

Atwood optó por la vía del artista. Adoptó la voz de *Half-Hanged Mary* en un gráfico poema narrativo, que muestra a Mary como una bruja sardónica, una mente independiente, blanco de

la ira de sus vecinos «por tener ojos azules y piel quemada por el sol... una granja cubierta de maleza, / y un remedio infalible para las arrugas». La penosa obstinación con que sobrevivió a la horca («la mayoría no tendrá más que una muerte. / Yo tendré dos») le ha otorgado una perversa forma de libertad. Ahora puede decir lo que quiera: «Me salen a borbotones las palabras / una espiral tras otra de posibilidades sinuosas. / El cosmos emerge de mi boca / en toda su plenitud, en todo su vacío».

En 1985, Atwood publicó su novela más conocida, *El cuento de la criada*, una visión distópica de un futuro no muy lejano en el que Estados Unidos se ha convertido en una teocracia fundamentalista y las escasas mujeres cuya fertilidad no se ha visto afectada por la contaminación medioambiental son forzadas a concebir los hijos de los hombres más poderosos. Les dedica el libro a dos personas: la primera es Mary Webster. La segunda, Perry Miller, académica especializada en la historia intelectual de Estados Unidos, con la que Atwood estudió en Harvard, a principios de los sesenta, y pudo conocer el puritanismo desde una perspectiva distinta a la de los mitos populares.

Interiorizada la herencia de *Half-Hanged Mary* —y haciendo gala de unos setenta y siete años en los que la mentalidad independiente y sardónica no sólo es permisible, sino esperable—, vemos hoy a Atwood desempeñando a la perfección el rol de la sabia anciana que tal vez esconda un as, o un conjuro, bajo la manga. En enero de 2017, fui a visitarla a su hogar en Toronto y tras no más de unas pocas horas, mientras tomábamos café en una cafetería atestada de gente, se dispuso a hacer algo que para sus amistades es ya un juego familiar. Me explicó que había aprendido los principios de la quiromancia medieval de una vecina, historiadora del arte, especializada en el Bosco, y después dedicó varios minutos, bastante desconcertantes, a leer con atención las líneas de mis manos. Se ocupó en primer lugar de

la línea del corazón y la del intelecto, y de lo que sus posiciones relativas revelaban sobre mi capacidad para llevar a cabo los proyectos que emprendía. Recorrió el contorno de mis pulgares, buscando indicios de constancia o terquedad. Examinó la línea de la vida —«ahora mismo parece que tienes buena salud», dijo, para mi alivio— y después me pidió que sacudiera las manos y las dejara muertas, boca arriba. Las miró cuidadosamente. «Bueno, está claro que no eres la Virgen María», dijo, concisa. «Pero eso ya lo sabías».

Atwood lleva tiempo siendo la escritora más famosa de Canadá, y los acontecimientos recientes le han sacado aún más brillo al lustre oracular de su reputación. Con la elección de un presidente en Estados Unidos que durante la campaña no ha mostrado más que un franco desprecio hacia las mujeres —y que, en su primer día de gobierno, firmó un decreto presidencial para eliminar fondos federales de aquellas organizaciones extranjeras para la salud de las mujeres que practicaban abortos—, la novela que Atwood le dedicara a Mary Webster ha reaparecido en las listas de las más vendidas. *El cuento de la criada* también acaba de convertirse en una serie de televisión, una adaptación que tiene a Elisabeth Moss como protagonista y que puede verse en Hulu. Simples casualidades, quizás, que mucha gente desearía que no se hubieran dado. El día después de la toma de posesión presidencial, una fotografía sacada durante la Marcha de las Mujeres en Washington mostraba a una manifestante con una pancarta que parecía interpelar a la casualidad misma: MAKE MARGARET ATWOOD FICTION AGAIN [Que Margaret Atwood vuelva a ser ficción].

Si la elección de Donald Trump fuera ficción, dice Atwood, sería demasiado inverosímil para los lectores. «Hay tanto que parece cogido por los pelos... ¿De verdad quieres que me crea que el FBI salió a decir *algo así* y que el tipo de WikiLeaks hizo *eso?*», comentó. «La ficción ha de ser algo que la gente pueda

creer de verdad. Si esto se hubiera publicado el pasado junio, todo el mundo habría dicho: “Es imposible que eso ocurra”. Atwood es una agorera extraordinaria. Como un médico competente, se alegra cuando hace un diagnóstico acertado, aunque tiña de negro el futuro de nuestra cultura. Asistió a la Marcha de las Mujeres de Toronto con un sombrero flexible, con alas, del mismo rosa que el Pepto-Bismol; menos un *pussy hat*<sup>1</sup> que un gorro de leona. Entre las pancartas que vio ese día, su favorito lo llevaba una mujer que tendría su misma edad. Decía: I CAN’T BELIEVE I’M STILL HOLDING THIS FUCKING SIGN [No puedo creer que aún tenga que llevar esta maldita pancarta]. Y me dijo: «Después de sesenta años, ¿es posible que volvamos a lo mismo? Está claro que, en cualquier aspecto de la vida, se trata siempre de acción-reacción. Hemos tenido la reacción y ahora toca, de nuevo, pasar a la acción».

Al contrario que muchos otros escritores, Atwood no necesita un escritorio particular, colocado y orientado de una determinada manera, para poder trabajar. «Tiene sus ventajas y sus inconvenientes», me dijo. «Si dispusiera de todas esas cosas, tal vez podría acceder al trance fetichista en el que consigues que la escritura fluya hacia ti, gracias a los objetos mágicos. Pero carezco de objetos mágicos, así que no sucede tal cosa». La ventaja es que escribe en cualquier lugar, y lo hace, prolíficamente. Tampoco la condicionan los géneros. La bibliografía de Atwood reúne unos sesenta libros, que incluyen novelas, poesía, libros de cuentos, ensayos críticos, libros infantiles y, en los últimos años, la serie de cómics sobre Angel Catbird, un superhéroe que es parte felino, parte ave y parte humano. No se vanagloria de su versatilidad. «Nunca he escrito un único tipo de cosas», reflexionó. «Nadie me dijo que debiera hacerlo». En otra ocasión, tomando un té, me enseñó la mano izquierda: estaba llena de

<sup>1</sup> Gorro rosa de lana que se convirtió en símbolo de la lucha por los derechos de las mujeres tras la victoria de Trump en las elecciones presidenciales. (N. del T.).

palabras. «Cuando todo lo demás desaparezca, siempre nos quedará una superficie sobre la que escribir».

Atwood viaja a menudo, y se ha encontrado viviendo varios meses seguidos en otros países, a veces en condiciones que un artista menos flexible podría encontrar insoportablemente molestas. Empezó a escribir *El cuento de la criada* con una desventajada máquina de escribir alquilada, en Berlín Oeste, adonde había llegado gracias a una beca en 1984 (con Orwell en la cabeza). Pasó un invierno en el remoto pueblo inglés de Blakeny, Norfolk, donde el único teléfono disponible para comunicarse con América del Norte se encontraba en un locutorio que normalmente se utilizaba como almacén de patatas. Vivía y escribía en una casa de suelo de piedra en la que hacía tanto frío que le salieron sabañones en los pies. Cuando su hija, Jess, nacida en 1976, tenía dieciocho meses, Atwood y su pareja, el novelista Graeme Gibson, se embarcaron en un viaje alrededor del mundo. Después de recorrer Europa visitaron Afganistán —Atwood siempre ha mostrado un intenso interés por la historia militar y deseaba ver el terreno sobre el que los británicos habían sido derrotados—, India, Singapur. De ahí viajaron a Australia, para asistir al Festival de Literatura de Adelaida, y después regresaron a Canadá, parando en Fiji y Hawái. Hicieron todo el trayecto sólo con equipaje de mano.

La casa a la que vuelve se encuentra en el barrio de Annex, en Toronto, cerca de la universidad. Ella y Gibson llevan más de treinta años viviendo allí, y el estudio del sótano sirve de sede a la empresa de Atwood, O. W. Toad, Ltd. (el caprichoso nombre es, en realidad, un anagrama de «Atwood», aunque a menudo recibe cartas dirigidas a un supuesto señor Toad). Atwood no conduce y, en aras del ejercicio tanto como de la eficiencia energética, le gusta dar paseos por el vecindario, en los que a menudo encuentra a algún amigo que lo ha sido durante medio siglo y con el que se detiene a comentar las operaciones pasadas

y futuras de los seres queridos, la conversación inevitable del septuagenario. A veces arrastra un carro de la compra lleno de libros para donárselos a la biblioteca local.

El bagaje lector de Atwood es enorme, igual que su proselitismo con los libros que admira, en particular si son obras de escritores jóvenes. En el transcurso de una de mis visitas, me puso en las manos *Quédate conmigo*, una novela de la escritora nigeriana Ayòbámi Adébáyò de veintinueve años. Sarah Polley, la directora y escritora canadiense, amiga de Atwood, me dijo que «a menudo, después de estar con ella, me llevo a casa un cuaderno lleno de anotaciones, la mitad tuyas y la otra mías, con los nombres de las películas y los libros que han aparecido en el transcurso de la conversación: la bibliografía de un curso entero». Polley ha terminado recientemente el guion para la adaptación de la mini serie que Netflix va a hacer de la novela de Atwood *Alias Grace*, publicada en 1996 y basada en una investigación real acerca de unos asesinatos cometidos en el Canadá rural del siglo XIX. Con ese libro, Atwood consiguió su tercera nominación para el Booker Prize.

A Atwood se la reconoce en Toronto con sincero aprecio, ya sea en la calle, en un restaurante o en el metro (una vez me coló con uno de sus billetes de precio reducido para jubilados, arqueando una ceja con picardía). Los policías de tráfico le dedican un gesto de saludo en los pasos de cebra, y en todas las citas que he tenido con ella ha venido alguien a interrumpirnos, rogándole un autógrafo o un *selfie*. Ella nunca se negó. «En la época de las redes sociales, no puedes decir que no si no quieres que te vengan con un “esa pérfida Margaret Atwood no se dignó hablarme en un restaurante”», me dijo un día a la hora de comer, después de firmar, con perfecta cortesía, un autógrafo más en el cuaderno de una joven (Atwood habla con un tono imperturbable, bajo, irónico, y sólo modula agudas quejas cuando imita a detractores imaginarios). Su aspecto resultaría chocante

si no fuera familiar. Posee un surtido de abrigos de invierno de colores vivos —rojo rubí, púrpura— con capuchas de piel sintética que le enmarcan la cara igual que los abundantes rizos de pelo blanco. Tiene las mejillas altas y una nariz aguileña, el tipo de rasgos que el tiempo no logra apagar fácilmente. Su piel es clara, translúcida, la clase de piel que, en la ficción popular victoriana, los escritores gustaban de asociar con la bondad moral de sus personajes.

La acompañé una mañana a la Biblioteca Thomas Fisher de libros raros y manuscritos, en la Universidad de Toronto, a la que ha donado su archivo: cuatrocientas setenta y cuatro cajas llenas de papeles, y subiendo. Había pedido cita para consultar los materiales relacionados con *El cuento de la criada*, y nos habían reservado una pequeña sala de estudio. En una de las cajas amontonadas sobre el carro se encontraba el primer borrador manuscrito de Atwood. La lacónica descripción de la habitación en la que Defred, la narradora de la novela, vive, aparece en una de las primeras páginas —«una silla, una mesa, una lámpara»—, si bien Atwood no había pulido aún el detalle que, en la versión definitiva, incluye en el párrafo que da comienzo al segundo capítulo de la novela con amenazante tensión: «Alguna vez debió de haber allí una araña. Pero han retirado todos los objetos a los que sería posible atar una cuerda». En la etiqueta de otra caja podía leerse: CUENTO DE LA CRIADA: PRECEDENTES. Cuando Atwood consiguió abrirla, aparecieron montones de recortes de periódicos de mediados de los ochenta.

«Corta que te corta, corto del periódico y no me quedo corta», dijo mientras repasábamos las noticias. Había reportajes sobre la prohibición del aborto y los anticonceptivos en Rumanía, declaraciones del Gobierno canadiense preocupado por el descenso de la tasa de natalidad, artículos de la prensa estadounidense sobre cómo los republicanos intentaban retirarles fondos federales a las clínicas que practicasen abortos. Había artículos sobre la

amenaza a la privacidad que suponían las tarjetas de débito, que aparecieron por entonces, y notas de prensa acerca de las comisiones del Congreso de Estados Unidos que trataban de regular los residuos industriales tóxicos a raíz de la catastrófica fuga de gas que se produjo en Bhopal, India. En un artículo de la Associated Press se mencionaba que una comunidad católica de Nueva Jersey había caído en manos de una secta fundamentalista que denominaba a las esposas «Criadas», término que Atwood había subrayado.

Durante la escritura de *El cuento de la criada*, Atwood tuvo mucho cuidado de no incluir nada que no tuviera un antecedente histórico o un referente moderno con el que compararse (ella prefiere, para sus libros sobre futuros posibles, el nombre de «ficción especulativa», en lugar de «ciencia ficción»). «No porque no me gusten los marcianos... es sólo que no son uno de mis puntos fuertes», escribió en la introducción a *In Other Worlds: SF and the Human Imagination* [En otros mundos: ciencia ficción y la imaginación humana], una colección de ensayos que publicó en 2011). La procreación ritualizada que se practica en la novela —y que viene a ser una violación promovida por el Estado—, procede de la Biblia: «Ahí tienes a mi esclava Bihlá, llégate a ella. Ella dará a luz sobre mis rodillas y así yo también tendré hijos por medio de ella», recitó Atwood. «Evidentemente, se juntaron los dos y salió el bebé, y se lo dieron a Raquel. No es broma. Está ahí, tal cual, en el texto». En el libro de Atwood, a las Criadas se las cuida como si fueran ganado. «Me llevan al médico una vez al mes, para someterme a diversas pruebas: análisis de orina, de sangre y de hormonas, biopsia para detectar si hay cáncer», cuenta Defred. «Igual que antes, sólo que ahora es obligatorio». Pasan algunos capítulos antes de que el lector se dé cuenta de que el nombre aparentemente inocente de Defred es, en realidad, la marca de su propietario: Fred se llama el Comandante en cuya casa sirve la protagonista. Hace una

década, el libro fue prohibido en los institutos de San Antonio, Texas, bajo la premisa de que era anticristiano y sexualmente explícito. En una carta abierta al distrito escolar, Atwood quiso señalar que difícilmente podría su libro competir con la Biblia en lo que al sexo se refiere y defendió la veracidad esencial de su ficción, especulativa o no. «Si ves a una persona caminar hacia un enorme agujero en el suelo, ¿acaso no es lo correcto prevenirle?», escribió.

Con la novela, su propósito no fue únicamente el de formular la pregunta esencial de la ficción distópica —¿podría ocurrir aquí?—, sino también sugerir que tal vez ya haya ocurrido, aquí o en otros lugares. Mientras vivía en Berlín Oeste, Atwood visitó Polonia, donde la ley marcial había seguido vigente hasta no mucho antes: numerosos disidentes estaban aún encarcelados. Ya había conocido a miembros de la resistencia polaca durante la Segunda Guerra Mundial, exiliados en Canadá. «Recuerdo a una persona que me aconsejó algo bastante impactante: “Reza para que nunca tengas la ocasión de ser un héroe”», me dijo. Phoebe Larmore, agente de Atwood desde hace años, me contó que vio a Atwood mientras ésta escribía *El cuento de la criada*. «Yo había estado bastante enferma ese año y Margaret vino y se sentó en el sofá y me pareció que tenía peor pinta que yo», recuerda Larmore. «Le pregunté qué ocurría. Me dijo: “Es la nueva novela. Me está asustando. Pero tengo que escribirla”».

*El cuento de la criada* se convirtió en un *best seller* pese a ciertas reseñas desdeñosas, como la que Mary McCarthy firmó para el *Times*, donde escribió: «Incluso cuando intento, a la luz de estas páginas desvalidamente escabrosas, tomarme en serio a la Mayoría Moral, no siento ningún escalofrío de reconocimiento». Desde entonces se han vendido tantos millones de copias que Atwood las considera incontables. La novelista Valerie Martin, amiga suya, fue la primera en leer el manuscrito terminado; ambas daban clase en Tuscaloosa, Alabama.